

Editorial

El perdón sanador

Silvio Marinelli

Somos víctimas de muchas injusticias, atropellos y heridas: a menudo el comportamiento de otras personas nos daña. Los familiares nos ningunean, algunas veces se aprovechan de nosotros, abusan de nuestra bondad o ingenuidad. En las relaciones afectivas encontramos un sinnúmero de atropellos: engaños, traiciones, violencia psicológica y físico-sexual, manipulación y chantaje. También en las relaciones escolares o laborales no se cuentan los episodios de injusticia y abuso: bullying, acoso laboral, comportamientos abusivos, explotación, derechos pisoteados, etc. Para completar el cuadro, también están los de los desconocidos: daños por accidentes de tránsito, robos, homicidios de seres queridos, secuestros, estafas a gran escala... Parece como si nuestra existencia fuera una carrera entre numerosos obstáculos en donde los días de tranquilidad se pueden contar con los dedos de una mano. Muy a menudo lamentablemente somos las “víctimas” de injusticias, atropellos y cargamos con daños duraderos en nuestra psique y, tal vez, también a nivel material o físico.

En algunas ocasiones también nosotros somos “victimarios” y hacemos sufrir consciente o inconscientemente. Parece típico o natural de la humanidad ensañarse los unos con los otros.

Frente a la injusticia de la que somos víctimas o la que constatamos a nuestro alrededor, reaccionamos con emociones de rabia, tristeza, miedo tal vez, casi siempre con resentimiento y deseo de venganza. Surge prepotentemente en nosotros la “ley del talión”: “ojo por ojo y diente por diente”. También algunos amigos nos invitan a “pagar con la misma moneda”, a devolver – y con creces – el daño sufrido. Tal vez hemos seguido estos consejos y ... nos hemos dado cuenta de que nuestro daño y sufrimiento no desaparecen, que la ley del talión no sana nuestro corazón: quedamos heridos, resentidos y, tal vez, también con un sentimiento de culpa por el mal cometido.

Pareciera un callejón sin salida.

La experiencia, los conocimientos que nos proporcionan las ciencias humanas del comportamiento, y la sabiduría de los siglos contenida en textos sagrados de muchas tradiciones religiosas, nos invitan a tomar otra actitud y dirección de marcha: la de perdonar.

Si reflexionamos con mayor detenimiento nos percatamos de que la venganza y las represalias no resuelven nuestro sufrimiento. Por eso, intentamos iniciar un camino diferente y difícil: el del perdón.

Emprendemos este camino ante todo “por nosotros mismos”: queremos liberarnos de un pasado doloroso e inmutable; queremos vivir con más paz interior, sin sentirnos esclavos de nuestras propias emociones de rencor y resentimiento, de una rabia que corroe nuestro espíritu y nos impide gozar de lo bueno que se nos presenta.

Nos damos cuenta, también, de que el perdón es muy “cotidiano”: todos los días perdonamos y somos perdonados. Sí, porque el perdón es al mismo tiempo cotidiano y extraordinario.

En este rubro del perdón encontramos también muchos malentendidos que podemos obviar: perdonar no es olvidar; no significa renunciar a la justicia o continuar en situaciones que acarreen nuevos abusos; sólo Dios puede perdonar los pecados - sí, es verdad, sin embargo nosotros podemos perdonar a la persona que nos agravió -. Perdonar no es manifestar superioridad moral respecto al ofensor (una forma sutil de vengarse, humillando a quien nos dañó); perdonar no significa necesariamente “reconciliarse” con el ofensor; etc.

¿Parece fácil? Para nada. Sabemos por experiencia que perdonar cuesta y requiere de un camino, con diferentes etapas, que se emprende con determinación para saborear su gusto agradable: nos hemos trascendido, nos hemos liberado del peso del pasado, podemos vivir el presente con paz y plenitud y planear un futuro con mayor ilusión.